

La calvicie del *Crack*

Ignacio Padilla

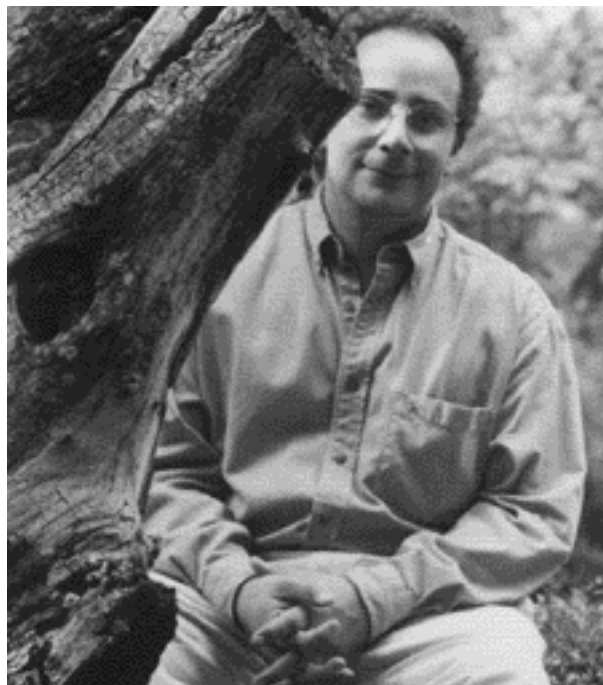
No obstan la variedad de nuestro aliño o el contraste de nuestra ropa para que los miembros de esta curiosa cofradía parezcamos cortados con la misma tijera. Así nos veo ahora, en un verano de muchos años y muchos libros después, tal y como hemos sido vistos también, en más de una ocasión, por periodistas, por críticos y por amigos. Será acaso un trampantojo, admirable industria del fotógrafo que ese día nos alineó en la primera planta del Palacio de Minería de modo que las columnas de un balcón —ellas sí, idénticas— nos cubriesen de la cintura hacia abajo, sugiriendo así una equivalencia de gárgolas, trazando hacia arriba una cuadrícula imaginaria que borra toda diferencia entre nosotros y casi nos hace parecer imágenes multiplicadas de un mismo hombre frente a un infinito juego de espejos como el que usó Prudencio Aguilar para matar a José Arcadio Buendía.

Es, desde luego, insuficiente atribuir a la pericia del artista el aire de uniformidad que domina a los personajes de esta escena. Me basta remirar la fotografía para entender que a ésta le sobran razones para sugerir la equivalencia de sus modelos, razones que son lo mismo intrínsecas y físicas, pero también otras anímicas, emocionales, añejas a la historia personal que me une indefectiblemente a este grupo.

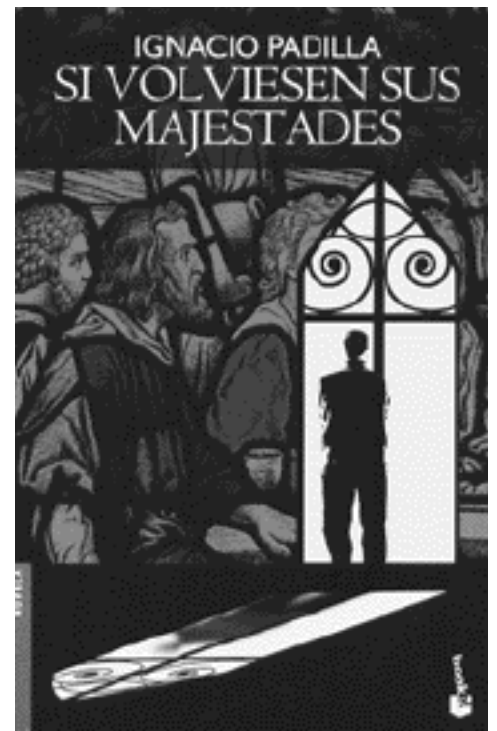
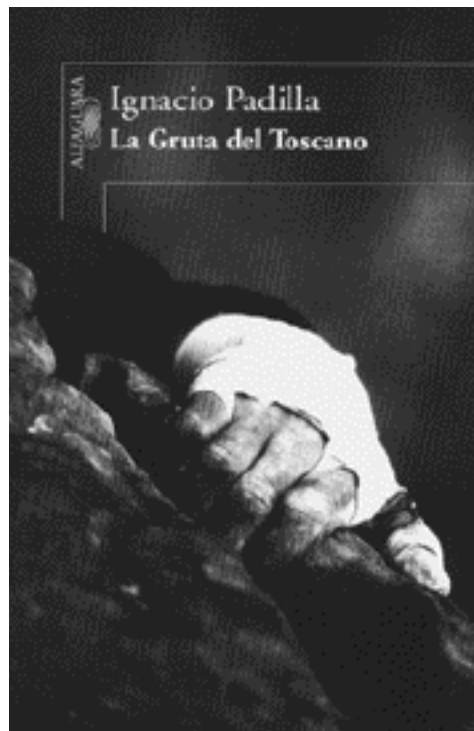
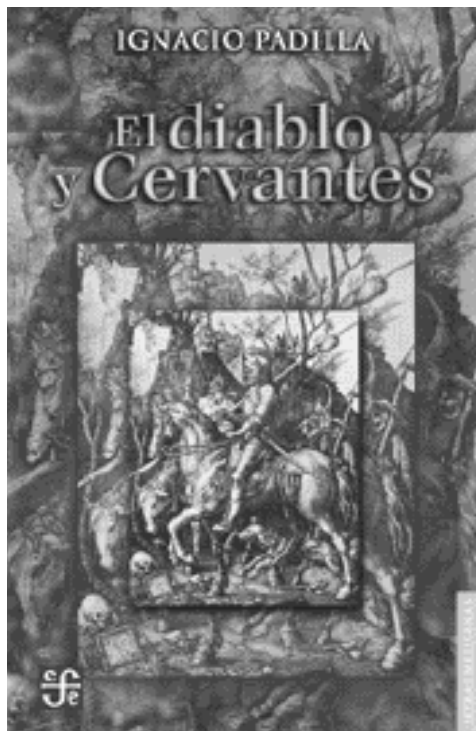
Entre las otras razones físicas registro paulatinamente las más obvias: la posición de los seis personajes, que, en efecto, tienen casi la misma estatura, una paridad que acentúan por estar recargados en el balcón. Esta postura que no sólo los alinea, sino que parece rendir un inconsciente homenaje al cuarteto de Liverpool, que se asomó a un balcón no muy distinto en los años sesenta, cuando nacimos o estábamos a punto de hacerlo. Veo las sonrisas, también semejantes, nunca estridentes, recreadas acaso en la broma que alguno acaba de pronunciar o en el regocijo de un adolescente que todavía cree estar jugando no a ser escritor, sino a que todavía forma parte de una pandilla de infancia que está a punto de emprender una nueva cascarita con el equipo de un barrio contiguo y adverso.

Pero veo sobre todo un inquietante detalle físico que es para mí el único en verdad común a todos: las frentes amplias, las calvicies galopantes y hasta cierto punto disonantes con una tradición literaria en la que

no abundan los calvos. Bien mirada, esta asunción de una calvicie colectiva o pandémica entre mis compañeros de ruta es también un engaño, esta vez no del fotógrafo, sino de mi propia perspectiva deformada por mi convivencia antigua, larga y cotidiana con todos estos rostros, así como de mi ilusión de un futuro aún compartido con ellos. Quizás un observador externo no vea, por ejemplo, una mengua capilar en la frente melenuda de Ricardo, o en la de Pedro, que ha tenido la suerte de situarse en un ángulo en que la cámara le hace ver decididamente a salvo del naufragio capilar. O en Eloy, tan rubicundo y de pelo siempre tan corto que no puede verse calvo en una fotografía en blanco y negro. Quizás, en fin, soy yo el único observador de esta imagen que ve la calvicie como un signo unificador de quienes figuramos en ella. Es un engaño del pasado, pero también del futuro. Pienso que, después de todo, la calvicie en ciernes o especulativa debe ser como una metáfora de Bergson o una aporía de Zenón de Alejandría: el pelo escasea o abunda en una línea de tiempo formada por instantes sucesivos de la memoria en su lidia con el olvido, instantes entre los que esta fotografía es sólo uno más, y por tanto, insuficiente para demostrar a un observador externo la



Ignacio Padilla



extensión o la intensidad de los años que han pasado o pasarán sobre nosotros, como no sea en comparación con otras fotografías, con otros instantes anteriores o ulteriores.

¿Qué pasaría si ahora los autores allí fotografiados nos reuniésemos justamente en ese lugar, si nos hiciéramos una fotografía semejante en el mismo balcón del Palacio de Minería? Mi abuelo solía retratarme con mis primos en la misma posición y disposición en que nos retrató cuando teníamos entre seis y ocho años de edad. Desde entonces y hasta ahora nos ha retratado así, ritualmente, cada tres o cuatro años, de modo que esas fotografías se han convertido en una expresión de nuestro discurrir, en un presente hecho de nostalgias o recuerdos. Con esas fotografías nos vemos crecer, transformarnos, endurecernos y tal vez también intuimos cómo y cuándo comenzaremos en verdad a envejecer.

¿Cómo será vernos un día como calvos rotundos? Pienso en esa futura imagen y veo en ésta las islas de cuero cabelludo que no se ven, las que no estaban allí cuando conocí a quienes ahora las ostentan en mi imaginación de un futuro posible, las que están en el testuz de uno o en la coronilla de otro hoy en día, cuando

tomamos un café o compartimos una mesa redonda o nos reunimos para destazar escritos propios o ajenos. O cuando cargamos a los hijos que no teníamos ni sospechábamos tener cuando empezó todo. Veo esas calvicies como veo los rostros de mis amigos repetidos en sus hijos e hijas, como veo las referencias a nuestro pasado común infiltradas en el presente constante de nuestros libros, nuestras declaraciones, nuestros encuentros. En fin, lo veo todo desde aquí y desde ahora y me pregunto si esa foto —la única que nos han hecho juntos, la foto del único instante en que hemos estado juntos— vale más de las que pudiera ver de mí mismo o de cualquiera de ellos por separado. Definitivamente, prefiero esta imagen como parte de una crónica de mis días y mis escritos, pues en ella no sólo está mi rostro, sino sus multiplicaciones posibles, otros cinco rostros que también son los míos y que también cuentan lo que soy, como sus libros cuentan los míos, como cada línea escrita por ellos o por mí tiene una significación personal, tan arraigada que se ha vuelto ya irrenunciable. Yo no sé si la literatura sea o deba ser una aventura solitaria. Para mí no lo es, no lo ha sido, ya no lo podrá ser nunca. Esta fotografía es el testimonio de esta bendición y esta condena.

T